

# ANNE PERRY



*Una visita  
navideña*

En la Inglaterra victoriana, en vísperas de Navidad, la muerte del intachable juez Dreghorn conmociona el condado de Lake. La versión oficial indica que murió ahogado al tratar de cruzar un arroyo en mitad de la noche. Pero la viuda, que ve su dolor incrementado por las difamaciones que un malintencionado vierte sobre su marido, trata de esclarecer los hechos con la ayuda de Henry Rathbone, un amigo de la familia. Todo apunta a que la muerte del juez y las calumnias de Gower –condenado por un caso de falsificación de documentos– están inextricablemente unidas...

*Para todos aquellos que están deseando  
ofrecer lo mejor de sí mismos.*

## Una visita navideña

—¡ **E** a! ¿Irá bien así, señor Rathbone? —preguntó, solícito, el anciano.

Una vez acomodado en el cabriolé con el equipaje a su lado, Henry Rathbone remeti6 la manta bajo las piernas.

—Sí, gracias, Wiggins —contestó agradecido.

El viento era cortante ya allí, en la estación de ferrocarril de Penrith, y sin duda arreciaría a lo largo de los diez kilómetros de trayecto entre montañas nevadas hasta Ullswater. Estaban aproximadamente a mediados de diciembre y exactamente a mitad del siglo.

Wiggins se encaramó al pescante y arreó al caballo. A aquellas alturas ya debía de saberse de memoria el camino, que había transitado casi a diario en vida de Judah Dreghorn.

Esa era la desdichada razón de que Henry regresara a aquella agreste y maravillosa tierra que tanto amaba y que tantas veces había recorrido con Judah en otros tiempos. Los mismos topónimos evocaban largas caminatas por las colinas, la hierba hirsuta bajo los pies, la brisa en la cara y los paisajes que se extendían hasta el infinito. La imaginación le permitía ver las aguas azul pálido de la laguna de Stickle ante la cumbre de Pavey Ark, o los cerros coronados de nieve del paso de Honister. ¿Cuántas veces habían escalado el pico de Scafell hasta el techo del mundo para luego sentarse con la espalda apoyada en la cálida roca a comer pan y queso y beber vino tinto, saboreándolo todo como si fuese alimento de dioses?

Dos días antes había recibido carta de Antonia, cuya letra resultaba casi ilegible, diciéndole que Judah había fallecido en un estúpido accidente. Ni siquiera se había producido en el lago o durante una de las ventiscas que azotaban el valle, sino en las piedras dispuestas para vadear el arroyo.

Henry contempló el panorama que se abrió ante sus ojos al salir del pueblo y enfilar el tortuoso camino hacia poniente. La cautivadora belleza virgen del paisaje casaba con su disposición de ánimo. Las laderas se empinaban contra un cielo despejado, la nieve emitía destellos deslumbrantes, blanca en las crestas, ensombrecida en los valles, engañosamente negra donde las rocas y los árboles asomaban por entre su manto.

Hacía diez años que los cuatro hermanos Dreghorn no estaban juntos en casa. La buena fortuna de la familia en la adquisición de la finca significó que cada cual pudo seguir sus sueños allá donde éstos lo condujeron. Benjamin abandonó el sacerdocio y marchó a Palestina a trabajar en las excavaciones arqueológicas de los santos lugares. La pasión de Ephraim por la botánica lo llevó hasta Suráfrica. Sus cartas llegaban llenas de bosquejos de plantas prodigiosas, muchas de ellas útiles para el hombre, que sólo se daban en aquellas regiones.

Nathaniel, el único que se casó, fue a América a estudiar la extraordinaria geología de ese continente, que presentaba características imposibles de encontrar en Europa. Su viaje al oeste lo condujo hasta las formaciones rocosas de los territorios desérticos y la gran falla de San Andrés, ya en California. Fue allí donde unas fiebres acabaron con su vida, dejando viuda a Naomi, que ahora regresaría sin él.

Antonia había escrito en su carta que todos volvían a casa por Navidad, pero ¡qué amargo y distinto iba a ser el reencuentro! No era de extrañar que quisiera que su padrino estuviera presente. Tenía muy malas noticias que co-

municar y ningún otro pariente que la apoyara. Sus padres habían muerto jóvenes y no tenía hermanos, sólo un hijo de nueve años, Joshua, que estaba tan afligido como ella.

Henry la conocía desde la cuna. Fue una niña seria y feliz, deseosa de aprender, siempre con un libro en las manos. Nunca se cansaba de hacerle preguntas. Habían sido amigos en el aprendizaje.

Luego, con la pubertad, la inhibición propia de la edad interpuso cierta distancia entre ambos. Se volvió más reacia a desvelar su intimidad, pero aun así Henry fue el primero a quien comunicó su amor por Judah y, siendo huérfana, a él le correspondió llevarla al altar el día de su boda.

Mas ¿qué podría hacer ahora por ella?

Henry se arropó mejor con la manta y miró al frente. Pronto distinguiría el brillante escudo de Ullswater y, en un día tan despejado como aquél, las lejanas montañas: el Helvellyn al sur y la sierra del Blencathra al norte. Las lagunas más altas estarían heladas, azules en las sombras, Algunos animales salvajes llevarían sus abrigos blancos invernales; el ciervo habría bajado a los valles. Los pastores andarían buscando sus ovejas perdidas. Sonrió. Las ovejas sobrevivían muy bien bajo la nieve: su cálido aliento creaba un respiradero y el tufo que desprendían permitía que cualquier perro que mereciera sustento las encontrara fácilmente.

La heredad Dreghorn se hallaba en un declive por encima del lago, a unos tres kilómetros del pueblo. Era la más extensa en kilómetros a la redonda y comprendía ricos pastos, bosques, arroyos y las casas de labranza de los arrendatarios, bajando hasta la orilla del lago, con el que lindaba a lo largo de un par de kilómetros. La casa solariega era de piedra de Lakeland, tenía tres plantas y la fachada orientada al sur.

Cruzaron la verja y el coche frenó ante la entrada. Antonia salió por la puerta principal tan rápidamente que sin duda habría estado aguardándolos apostada en una ven-

tana. Era alta, de cabello moreno y lacio, y Henry la recordó poseedora de una excepcional belleza serena que traslucía esa paz interior inmune a los contratiempos cotidianos.

Ahora, mientras avanzaba presurosa hacia él, con las amplias faldas negras casi rozando la grava, se hacía evidente que su dolor estaba alterado por la ira y el miedo a partes iguales. Estaba muy pálida y demacrada, con oscuras ojeras circundando sus ojos negros.

Henry se apeó enseguida y fue a su encuentro.

—¡Henry! Cuánto me alegro de que hayas venido —dijo de manera apresurada—. No sé qué hacer ni cómo enfrentarme a esto yo sola.

La abrazó, no sin reparar en la rigidez de sus hombros, y le besó la mejilla con delicadeza.

—Confío en que no dudases de que iba a venir, querida —contestó Henry—, y que haré cuanto esté en mi mano para ayudarte.

Antonia se apartó y de súbito los ojos se le llenaron de lágrimas. Dominó la voz con mucha dificultad.

—Es mucho peor de lo que te escribí. Perdona. No sé cómo luchar contra ello. Y además, tengo miedo de contárselo a Benjamin y Ephraim cuando lleguen. Creo que la viuda de Nathaniel también vendrá. No conoces a Naomi, ¿verdad?

—No, no hemos sido presentados —corroboró Henry.

Escrutó su semblante preguntándose qué noticia podría ser peor que la de la muerte de Judah.

Antonia se apartó.

—Entremos. —Tragó saliva—. Hace frío aquí fuera. Wiggins traerá tu equipaje y lo subirá a tu habitación. ¿Te apetece un té? ¿Panecillos de levadura tostados? Es un poco temprano, pero has hecho un viaje muy largo —dijo de forma atropellada mientras subía la escalinata y trasponeía las altas puertas labradas de la entrada principal—. El fuego del salón está encendido. Joshua todavía no ha

vuelto de clase. Es muy buen estudiante, ¿sabes? Ha cambiado mucho desde la última vez que estuviste aquí.

En el vestíbulo se estaba algo más abrigado, pero no fue hasta que estuvieron en el salón, con sus paredes de color ocre rojizo y el fuego de leños rugiendo en la chimenea, cuando la sensación de calor relajó un poco a Henry. Le alegró sentarse en uno de los inmensos sillones y aguardar a que la camarera les sirviera el té y los panecillos tostados bañados en mantequilla caliente.

Estaban dando buena cuenta de ellos cuando Henry volvió al asunto.

—Me parece que deberías contarme qué más te preocupa —dijo con tacto.

Antonia inspiró profundamente y soltó el aire despacio, luego levantó los ojos en busca de los suyos.

—Ashton Gower sostiene que Judah lo estafó —manifestó con voz temblorosa—. Dice que toda esta finca tendría que haber sido suya por legítimo derecho, y que Judah lo hizo encarcelar con falsedades para arrebatarla.

Para Henry fue como si le asestaran un golpe, de lo aturdido que quedó con sus palabras. Judah Dregghorn había sido juez en el tribunal de Penrith y el hombre más honesto que Henry hubiese conocido jamás. La idea de que hubiese estafado a alguien resultaba absurda.

—¡Eso es ridículo! —exclamó enseguida—. Nadie le creerá. Debes hacer que tu administrador le advierta que, si repite tan estúpida y completamente falsa acusación, lo demandaréis.

Un amago de sonrisa asomó a los labios de Antonia.

—Eso ya lo he hecho. Gower no se da por aludido. Insiste en que Judah se adueñó de la finca después de mandarlo a prisión con falsas acusaciones, aun a sabiendas de que era inocente, con el único fin de comprar la propiedad a bajo precio. Y, por supuesto, eso fue antes de que se descubriera el yacimiento vikingo.

Henry se quedó totalmente confundido.

–Más vale que me lo cuentes todo desde el principio. No recuerdo a Ashton Gower ni sé nada acerca de un yacimiento vikingo. ¿Qué ha sucedido, Antonia?

Ella se terminó la taza de té, como si necesitara tiempo para ordenar sus ideas. No miraba a Henry, sino las llamas que bailaban en el hogar. Fuera ya oscurecía y el ocaso invernal encendía el cielo, pintando de naranja y dorado la pared a través de las ventanas que daban al sur.

–Hace años, la familia de Ashton Gower era dueña de esta finca –comenzó–. En origen pertenecía a la familia Colgrave. Luego la heredó la viuda Colgrave, quien posteriormente se casó con Geoffrey Gower y era la madre de Ashton. Por descontado, Geoffrey se la legó a ella. De entrada todo parecía muy claro hasta que Peter Colgrave, un pariente de la otra rama de la familia, planteó la cuestión de si las escrituras eran auténticas.

–¿Las escrituras de la finca? –preguntó Henry–. ¿Cómo no iban a serlo? Es evidente que el padre de Ashton era el propietario legítimo tras su matrimonio con la viuda Colgrave.

–Era una cuestión de fechas –contestó Antonia. Parecía cansada, como si hubiese agotado sus fuerzas. La historia le resultaba tan lamentablemente consabida como inexplicable–. Guarda relación con el matrimonio de Mariah Colgrave, el fallecimiento de su cuñado y el nacimiento de Peter Colgrave.

–¿Y este Colgrave impugnó el derecho de propiedad de Ashton Gower? –preguntó Henry.

Antonia sonrió con tristeza.

–En realidad dijo que Ashton había falsificado las escrituras con vistas a heredar él la finca, cuando tendría que haber revertido a la otra familia. Insistió en llevar el caso a los tribunales y, como es natural, el asunto acabó llegando ante Judah, en el juzgado de Penrith. La primera vez que examinó las escrituras dijo que parecían perfectamente auténticas, pero de todas formas decidió conservarlas pa-

ra volver a estudiarlas más detenidamente. Empezó a sospechar y las llevó a un reputado experto en documentos de Kendal. Éste afirmó que indudablemente no eran auténticas y se mostró dispuesto a declarar.

Henry se inclinó hacia delante.

—¿Y lo hizo? —preguntó con seriedad.

—Ya lo creo. Ashton Gower fue procesado por falsificación y fue hallado culpable. Judah lo condenó a once años de prisión. Acaban de ponerlo en libertad.

—¿Y la finca? —preguntó Henry, aunque ya adivinaba la respuesta. Quizá tendría que haberlo sabido, pero en sus anteriores visitas a la casa siempre había habido cosas mejores y más alegres de las que hablar: buenos ratos, buena comida y buena conversación.

Antonia cambió de postura.

—La heredó Colgrave —dijo compungida—. Pero como no quería vivir aquí, puso la propiedad en venta a un precio muy razonable. En realidad, creo que tenía deudas pendientes. Vivía a lo grande. Judah y sus hermanos invirtieron cuanto pudieron, aunque él fue el que más con diferencia, y la compraron. Él y yo nos instalamos, y fue aquí donde nació Joshua.

Se le formó un nudo en la garganta y tardó un momento en recobrar la compostura.

Henry aguardó en silencio.

—¡Nunca he amado tanto un lugar como amo éste! —soltó Antonia de improviso con súbito fervor—. Por primera vez me siento completamente en casa. —Hizo un ademán de impaciencia—. No es por el edificio. Es hermoso, por supuesto, un lugar magnífico. Pero me refiero a la tierra, los árboles, el modo en que la luz se refleja en el agua. —Buscó los ojos de Henry—. ¿Recuerdas los largos crepúsculos sobre el lago en verano, el cielo del atardecer? ¿O los valles, esos pastos tan verdes que se extienden como terciopelo hasta donde alcanza la vista, los árboles lozanos hinchados como nubes caídas? ¿Los bosques en primave-

ra o el día que ascendimos por Striding Edge hacia el Helvellyn?

Henry no la interrumpió. Los recuerdos bellos y dolorosos formaban parte del duelo.

Antonia calló un momento y al cabo reanudó su relato:

—Por supuesto, también tiene un gran valor económico, incluso antes de que descubriéramos el yacimiento vikingo. Están las granjas y las casas del lago. Con eso hay más que suficiente para que Benjamin, Ephraim y Nathaniel tengan el porvenir asegurado y puedan dedicarse a sus respectivas vocaciones. —Se le crispó el rostro—. Y ahora que Nathaniel ha muerto, también para Naomi, desde luego.

—¿A qué yacimiento te refieres? —preguntó Henry.

—Un pastor de una de las granjas halló una moneda de plata y se la mostró a Judah, que enseguida supo de qué se trataba, porque siempre le habían interesado las monedas antiguas. —Antonia sonrió—. Recuerdo lo satisfecho que estaba porque todo el asunto era bastante romántico. La pieza era anglosajona, de la época de Alfredo el Grande, el rey que a finales del siglo IX derrotó a los daneses, o al menos los mantuvo a raya. La moneda tal vez formaba parte del tributo de la Danelaw, ya que el resto del hallazgo era plata vikinga: adornos, joyas y jaeces. Cuando descubrimos todo el tesoro había broches irlandeses, brazaletes y gargantillas escandinavas, hebillas carolingias procedentes de Francia y monedas de todas partes, incluso islámicas de España, de África del Norte, de Oriente Próximo y hasta de Afganistán.

Su asombro se prolongó unos instantes hasta desvanecerse con la intromisión del presente.

—Judah invitó a arqueólogos profesionales, por supuesto —prosiguió—, y excavaron el lugar con sumo cuidado. Les llevó todo un verano, pero finalmente sacaron a la luz las ruinas de un edificio que guardaba el tesoro de monedas y objetos diversos. En su mayoría fueron a parar a

un museo, pero mucha gente viene a ver lo que nos quedamos y, como es normal, se hospedan en el pueblo. Nuestras casitas del lago están alquiladas casi siempre.

–Entiendo.

Antonia se volvió para mirarlo de hito en hito.

–¡Cuando compramos la finca no teníamos ni idea de la existencia de todo eso! Nadie lo sabía. Además, el pueblo entero se beneficia de la afluencia de visitantes.

–¿Acaso Gower insinúa que sabíais de la existencia del tesoro escondido? –preguntó Henry.

–No lo afirma abiertamente, pero lo da a entender.

–¿Qué va diciendo, pues?

No podía ayudarla a refutar la acusación si no sabía la verdad, por más desagradable o penosa que fuese. La idea de que Judah, precisamente, fuese acusado de falsedad resultaba de lo más dolorosa.

–Que las escrituras de la finca eran auténticas –contestó Antonia–. Y que Judah lo supo desde el principio, que sobornó al experto para que mintiera. De este modo Colgrave heredó y vendió la propiedad deprisa y a muy bajo precio, porque necesitaba el dinero, con lo cual Judah pudo comprarla y luego fingir que descubría el tesoro.

Henry enseguida advirtió que la acusación era absurda, pero también extremadamente difícil de refutar, ya que no se basaba en pruebas fehacientes. Saltaba a la vista que Gower era un hombre amargado que había sido castigado por un delito particularmente estúpido y que, una vez liberado, buscaba alguna clase de venganza en lugar de rehacer su vida lo mejor que pudiera después de haber pasado tantos años entre rejas.

–Seguro que nadie le dio crédito, ¿no? –adujo Henry–. El experto declaró que las escrituras estaban falsificadas, y nada da pie a sospechar que alguien estuviera al corriente de la existencia del yacimiento vikingo. Después de todo, debía de llevar siglos escondido. Ninguno de los antepasados de Gower lo sabía, ¿verdad?

–¡No! Nadie tenía la más remota idea –corroboró Antonia.

–Azar –repuso Henry.

–Desde luego. Pero Gower anda diciendo que aguardamos el tiempo suficiente para que pareciera que lo ignorábamos. Aunque eso no cambia nada si las escrituras eran auténticas. Sólo es una pequeña mentira encima de otra mayor. –Bajó un poco la voz. El fuego había perdido viveza y la luz de la lámpara atenuó el sufrimiento que reflejaba su semblante–. ¿Te imaginas algo peor que enviar a un hombre a prisión y mancillar su reputación para robarle la herencia? Pues eso es lo que, según él, hizo Judah. ¡Y ahora ni siquiera está aquí para defenderse!

Le faltaba poco para perder el dominio de sí misma. La estudiada máscara que tanto le había costado ponerse comenzaba a caérsele.

Henry sintió la necesidad de decir algo enseguida, pero tenía que ser a un tiempo útil y cierto. Un falso consuelo en ese momento sólo serviría para empeorar las cosas después, y aunque ella llegara a entender por qué se lo había ofrecido, nunca volvería a confiar en él.

–¿Hizo estas acusaciones antes de que Judah falleciera? –preguntó.

La verdad de los hechos constituía un pobre refugio, pero era lo único de que disponía. Antonia levantó la vista hacia él.

–Sí. Salió de la cárcel de Carlisle y vino derecho aquí. – De pronto la ira se apoderó de ella–. ¿Por qué no se marchó a otra parte y empezó una nueva vida donde nadie lo conociera? ¡Si se hubiese ido a Liverpool o a Newcastle, nadie habría sabido que había estado en prisión y podría haber comenzado de nuevo! Nunca había visto a una persona tan llena de rabia. Me lo he cruzado por la calle y me da miedo.

Sus espléndidos ojos hundidos y el rostro casi exangüe sólo reflejaban el miedo que sentía.

—¿Acaso temes que te haga daño? —exclamó Henry. Las luces estaban exactamente igual que antes y las ascuas aún ardían, pero fue como si la habitación se hubiese sumido en la oscuridad—. ¿Antonia?

Ella desvió la mirada.

—No —dijo en voz baja—. Aunque en realidad me estás preguntando si hizo daño a Judah, ¿verdad? —Suspiró—. Habíamos ido al pueblo para asistir a un recital de violín. Fue una velada maravillosa. Nos llevamos a Joshua, pese a que era tarde, porque sabíamos que le encantaría. Va a ser un músico genial. Ya ha compuesto algunas piezas sencillas pero hermosas, llenas de cadencias inusuales. Se llevó una consigo y el violinista que la tocó le preguntó si podía quedársela.

Su rostro se iluminó de orgullo al recordarlo.

—A lo mejor será el Mozart de Inglaterra —comentó Henry.

Antonia permaneció callada unos instantes, esforzándose por recobrar la compostura.

—Tal vez —admitió ella finalmente—. Cuando llegamos a casa eran más de las diez. Acompañé a Joshua a la cama, pero estaba tan excitado que quería quedarse despierto toda la noche. Judah dijo que le apetecía caminar. Había pasado toda la tarde sentado. Y... nunca más regresó. —Volvió a tomarse un respiro antes de proseguir—. Al cabo de un rato desperté a la señora Hardcastle e hicimos que avisaran a Wiggins. Él, el mayordomo y el lacayo salieron a buscar a Judah provistos de linternas. Fue la noche más larga de mi vida. Eran más de las tres cuando regresaron y nos comunicaron que lo habían encontrado en el arroyo. Al parecer había intentado cruzar por las piedras del vado y había patinado. Son muy resbaladizas y puede que estuvieran heladas. Pocos metros más abajo hay una pequeña cascada donde las piedras son más picudas. Creen que patinó y se golpeó la cabeza y que el agua lo arrastró.

—¿Adónde? No es muy profundo.

¿Estaba pensando en el lugar idóneo, lo recordaba con precisión?

–Ya, pero no es necesario que lo sea para ahogarse. Si hubiese estado consciente habría podido salir sin mayor dificultad. Quizás habría pillado una pulmonía por culpa del frío, pero estaría vivo. –Inspiró profundamente–. Ahora me toca a mí desmentir la calumnia. –Levantó los ojos en busca de los suyos–. Bastante duro es ya el haberlo perdido, pero oír a Ashton Gower diciendo cosas tan malas de él, y temer que alguien vaya a creerlas, es más de lo que puedo soportar. Por favor, ayúdame a demostrar que se trata de un terrible y total desatino. Por el bien de Judah, y por Joshua.

–Faltaría más –contestó Henry sin vacilar–. ¿Cómo has podido dudarle siquiera?

Antonia le sonrió.

–No lo he hecho. Gracias.

Cenaron temprano y sólo fueron tres en la mesa. Henry no se sentó en la cabecera, el sitio de Judah. Le pareció una falta de sensibilidad hacerlo, no sólo por Antonia, sino por el serio y pálido Joshua, que aún no había cumplido diez años y ya se veía privado de su padre de manera tan repentina.

Henry no lo conocía a fondo. La última vez que estuvo allí, Joshua contaba cinco años y pasaba más tiempo en el cuarto de jugar. Para entonces ya tocaba el piano y estaba demasiado fascinado con su instrumento como para prestar mucha atención a un caballero de mediana edad invitado por una semana en verano que mostraba más interés en salir de excursión que en las lecciones de música.

En ese momento estaba sentado con expresión solemne, comiendo lo que le ponían en el plato porque así se lo habían indicado y con la mirada perdida en la pared que tenía enfrente, en un punto indeterminado entre un óleo holandés con vacas pastando en un campo y una marina